

# INTERACCIÓN Y EMOCIÓN: UNA PROPUESTA INTEGRADORA

## INTERACTION AND EMOTION: AN INTEGRATIVE PROPOSAL

Octavio Gabriel Poblete\*  
y Rodolfo Carlos Bächler\*\*

### Resumen

*El siguiente trabajo intenta explicar la naturaleza emocional de la interacción humana. Para ello, se revisan los aspectos principales de este fenómeno a la luz de los avances obtenidos en los últimos tiempos por diferentes disciplinas que investigan la mente y el comportamiento humano. Hallazgos en torno a fenómenos como la teoría de la mente, las neuronas espejo, el temperamento, entre otros, permiten enriquecer el análisis ofrecido originalmente por el Enfoque Interaccional y reconocer a las emociones como el principal elemento constitutivo de la interacción. De esta manera, el análisis permite una comprensión más susceptible de ser investigada empíricamente que aquella ofrecida por la propuesta original.*

**Palabras clave:** interacción, emoción, enfoque sistémico.

### Abstract

*The present study intends to explain the emotional nature of the human interaction. To accomplish the aforementioned, the main aspects of this phenomenon are reviewed in the light of the progress recently made by the different disciplines investigating the mind and human behavior. Findings about phenomena such as theory of mind, mirror neurons, temperament, attachment and others, allow enhancing the analysis offered originally by the Interactional Approach and acknowledging emotions as the main constitutive element of the interaction. Thus, the analysis allows an understanding that is more susceptible to being inquired that the one offered by the original proposal.*

**Key words:** interaction, emotion, systemic approach.

Recibido: 15-03-13 / Aceptado: 11-12-15

## Introducción

Aun cuando el origen del estudio de la interacción humana puede adjudicarse a diversas aproximaciones teóricas, el enfoque sistémico, derivado de la Teoría General de los Sistemas, es un referente fundamental en este campo de estudio. Lo anterior se debe principalmente a la utilidad que presentan las distinciones ofrecidas por este enfoque para el trabajo con personas. (Arnold y Rodríguez, 1991; Bertrando y Toffanetti, 2004). La noción de “sistema” fue incorporada al mundo de la conducta por algunos terapeutas e investigadores en un intento por proponer un marco conceptual general para comprender la interacción humana (Hoffman, 2010). Así fueron surgiendo diversos modelos sistémicos para hacer psicoterapia y por otra parte, el denominado Enfoque Interaccional. Tales acercamientos consideraron como “sistema” las configuraciones

de comportamientos que se dan entre personas que interactúan y que cumplen con las características señaladas por von Bertalanffy para este tipo de entidades (Arnold y Rodríguez, 1991). Por su parte, Watzlawick, Bavelas, y Jackson (2002), señalaron que un sistema interaccional consiste en “dos o más comunicantes en proceso, o en el nivel de definir la naturaleza de la relación” (p. 118). Dichos autores centraron su análisis en los encuentros recurrentes que resultan relativamente estables en el tiempo y que se dan de forma no casual ni circunstancial. En este intento por describir metódicamente la interacción, el grupo de Palo Alto propuso cinco axiomas para la comprensión de la comunicación humana dentro de los cuales el segundo permitió distinguir dos aspectos centrales de ésta: los niveles de contenido y de relación. Este principio señala que cuando dos sujetos interactúan intercambian información sobre determinados tópicos o datos en particular, lo que constituye el nivel de contenido de la comunicación, y también, en otro nivel denominado relacional, informan a su contraparte cómo debe ser entendida la información expresada en el primer nivel. De esta forma, el nivel relacional cumple un

\* Octavio Gabriel Poblete, Universidad Autónoma de Chile, Chile

\*\* Rodolfo Carlos Bächler, Universidad de Playa Ancha, Chile

E-Mail: octavio.poblete@gmail.com

REVISTA ARGENTINA DE CLÍNICA PSICOLÓGICA XXV p.p. 57-66

© 2016 Fundación AIGLÉ.

papel meta-comunicativo sobre el nivel de contenido transformándose así en un aspecto medular para el estudio de la interacción. Al respecto, en palabras de los autores de esta propuesta, “La mejor manera de describir los objetos interaccionales consiste en verlos no como individuos, sino como personas que se comunican con otras personas”, de modo que lo relevante, “no es el contenido de la comunicación per se, sino exactamente el aspecto relacional (conativo) de la comunicación humana” (Watzlawick et al., 2002, pp. 117 y 118).

En el nivel relacional, las personas “buscan” establecer acuerdos acerca de cómo se vincularán. Se trata de un proceso altamente dinámico en el que momento a momento cada participante ofrece de manera implícita y no consciente\*, una particular disposición para asumir la interacción con el otro, indicando además la manera bajo la cual espera que éste último se comporte. A través de todo este intercambio los interactuantes negocian el tipo de relación que mantendrán utilizando en este proceso un sinnúmero de maniobras comunicacionales entre las cuales se cuentan algunas tales como seducir, dominar, contener, desafiar, agredir, renegar, o jugar (Watzlawick et al., 2002). Cabe destacar que, aun cuando el nivel relacional se expresa a través de canales de comunicación preferentemente no verbales, no es la conducta objetiva e individual ni la forma específica que ésta adopta aquello que permite que los mensajes asociados a este nivel adquieran significado. En el nivel relacional los comportamientos adquieren su sentido sólo a partir de la interpretación que de estos hacen quienes participan en la interacción y en el contexto del tipo de intercambio específico que mantienen. En virtud de todo lo anterior es que, por ejemplo, no existe una sola forma de proponer amistad con el comportamiento, ni tampoco, una sola manera de aceptarla.

Por lo tanto, puede apreciarse que las distinciones realizadas por los diferentes representantes del enfoque sistémico y que han resultado especialmente útiles para comprender y activar cambios en los comportamientos de las personas, sólo han sido posibles de “percibir”\*\* desde el nivel relacional de la comunicación humana. Distinciones generales y prototípicas de este modelo tales como “pauta interaccional” sólo cobran sentido si se tiene en cuenta el nivel relacional de la comunicación humana (Bächler y Poblete, 2012; Keeney, 1991; Minuchin, 1979). En base en estos patrones, observados a nivel relacional, los autores sistémicos han podido relevar diversos fenómenos interaccionales, tales como como “límites”, “holones”, “lealtades” u

otros, los cuales han sido muy efectivos para comprender y modificar los sistemas interaccionales. Lo mismo ocurre con conceptos más específicos como “coalición”, “triangulación” u otros surgidos a partir de la constatación de pautas interaccionales y que describen diferentes tipos de intercambios en un sistema interaccional. Se trata de fenómenos que emergen del nivel relacional. Así por ejemplo, los mensajes que incluyen o excluyen a un otro de una interacción dada y que originan el concepto de “límites” (Minuchin, 1979), son realizados esencialmente a través de claves corporales o no verbales como el tono de voz o la postura.

Visto de esta manera, y considerando la naturaleza pragmática del enfoque sistémico, es posible notar que diversos aspectos que están en la base de esta manera de comprender el comportamiento no han sido suficientemente examinados, existiendo hasta la fecha una serie de interrogantes cuyas respuestas permitirían comprender con mayor precisión la interacción humana y desarrollar conocimiento para operar sobre ésta: ¿Qué es específicamente el nivel relacional de la interacción? ¿Qué tipo de hechos posibilitan su surgimiento? Responder preguntas como las anteriores contribuiría a enriquecer la comprensión conceptual y teórica de la interacción facilitando además el diseño de investigación empírica sobre este fenómeno.

Como desarrollaremos más adelante, el aspecto medular y más influyente que opera sobre el intercambio que ocurre en el nivel relacional cuando las personas interactúan “cara a cara” se encuentra constituido por los aspectos emocionales. Sin embargo, a pesar de que la teoría psicológica sistémica destacó la importancia del nivel relacional para la comprensión de los sistemas humanos, no profundizó en la comprensión de sus características específicas, y menos aún, desarrolló una explicación que diera cuenta de su surgimiento. Esta tarea resulta hoy factible gracias a la enorme cantidad de evidencia empírica acumulada sobre las características de las emociones y su rol en la interacción. Durante los últimos años, la investigación sobre emociones ha experimentado avances sustantivos en diferentes áreas asociadas a la psicología y a las ciencias cognitivas en general. Asimismo, estudios no directamente orientados a la comprensión de este fenómeno, han contribuido a entender de mejor forma las relaciones existentes entre la emocionalidad humana y la interacción. Durante los siguientes apartados revisamos algunos de estos hallazgos, destacando las implicancias que estos presentan para comprender la forma bajo la cual participan las emociones en

(1) El carácter implícito de este aspecto de la interacción ha sido reconocido por autores fundacionales del enfoque sistémico, tal como lo hace el propio Gregory Bateson quien señala que “En lo esencial somos inconscientes de las convenciones pasajeras que transmitimos sobre la forma en que deben comprenderse los mensajes; de la misma manera somos inconscientes del diálogo continuo relativo a esas convenciones”. (p. 139, Bateson en Winkin, 1994). Asimismo, autores contemporáneos como Lyons-Ruth, (1999) o Pally, (2005), también reconocen esta característica.

(2) Las comillas que utilizamos en palabras tales como “observar”, “percibir”, “ver” u otras de significado similar, obedecen a la necesidad de relevar la naturaleza de las operaciones que participan en el proceso de registro de un sistema interaccional, aspecto que iremos abordando en el transcurso de este artículo.

la emergencia del nivel relacional de la interacción humana.

*Aportes contemporáneos a la comprensión del rol de las emociones en la interacción.*

Uno de los fenómenos más interesantes estudiados por la ciencia cognitiva durante las décadas recientes, es la capacidad que tienen las personas para reconocer los estados mentales propios y ajenos. Como una suerte de psicólogos natos, los seres humanos a diferencia de otras especies, tenemos la virtud de representarnos nuestra mente y la de nuestros congéneres, característica que nos permite un alto grado de flexibilidad a la hora de dirigir nuestra conducta hacia un objetivo en particular. En el plano interaccional, esta comprensión de los modos de funcionamiento de la mente se extiende hacia nuestros interactuantes tomando la forma de una “lectura de la mente ajena”. Esta situación nos posibilita definir la propia vida y la de otros como mental, además de conceptualizar las acciones humanas significativas como intencionales (Rivière y Núñez, 2001). De esta forma, en el caso de los seres humanos, lo que da forma a nuestras relaciones no es única ni principalmente la conducta como fenómeno físico. En nuestro caso, la relación entre personas se configura sobre la base de compartir estados mentales intencionales. Así, generalmente, a las personas no nos importa tanto lo que los otros hacen cuando interactúan con nosotros, sino que sobre todo, es la interpretación de sus intenciones aquello que más relevancia cobra para la configuración de la relación. Reconocer este hecho, permite caracterizar la interacción humana como un fenómeno eminentemente mental. Se trata de un rasgo de la interacción humana que comenzó a ser examinado a partir de las investigaciones de Premack y Woodruff (1978), surgiendo el concepto de “teoría de la mente”. Este constructo, refiere a la capacidad de teorizar sobre los estados mentales propios, además de la habilidad de atribuir y reflexionar también, sobre la mente de los demás. De acuerdo con diversas investigaciones, esta capacidad, que se desarrolla gradualmente desde el primer año de vida, cristalizando hacia los 4 ó 5 años de edad, permite representar, principalmente de manera no consciente, las motivaciones, intenciones y estados mentales de las demás personas (Tomasello, Carpenter, Behne y Moll, 2005). Dicha característica permite la generación de diversos tipos de respuesta a partir de las mutuas estimaciones que los participantes de una interacción hacen de los estados mentales de su contraparte durante el intercambio. Así, por ejemplo, a pesar de que mi interlocutor me mire a los ojos y me extienda su mano al saludarme, aquello pudiera llevarme a actuar de manera distante en virtud de claves no verbales implícitamente inter-

pretadas, que me indican que tales comportamientos no son del todo honestos y contienen intenciones diferentes a las de una auténtica amistad.

La capacidad de teorizar sobre los estados mentales ajenos ha sido estudiada de diferentes formas y bajo distintas metodologías (Tirapu-Ustároz, Pérez-Sayes, Erekatxo-Bilbao y Pelegrín-Valero, 2007), sin embargo, la concepción asociada a la investigación sobre este fenómeno adquirió con el tiempo, un énfasis esencialmente cognitivo (Rivière y Núñez, 2001). De esta forma, cuando se trabaja bajo el paradigma de Teoría de la Mente se suele hablar de los estados mentales como creencias en el sentido simbólico del término, es decir, como representaciones mentales de la realidad, desconociendo explícita o implícitamente, la indisociabilidad que existe entre los aspectos cognitivos y emocionales que componen cualquier estado mental (Duncan y Barrett, 2007). De esta forma, por ejemplo, cuando Pedro cree que mañana lloverá, su creencia no consiste únicamente en una representación simbólica de la lluvia, sino que ésta se encuentra sustentada en un estado emocional o cualitativo que es finalmente el componente que define el estado mental como creencia y no como conocimiento. Esta mirada se diferencia radicalmente de lo que sostienen quienes adscriben al cognitivismo y la teoría representacional de la mente, como Jerry Fodor (Fodor, 1987, citado en Rabossi, 1995). Este autor afirma que tener un estado mental como una creencia o un deseo, consiste únicamente en tener ejemplificado en la cabeza de una cierta manera, una instanciación de un símbolo mental tipo (Fodor, 1987, citado en Rabossi, 1995). Interpretar la creencia como un hecho exclusivamente representacional, en el sentido simbólico del término es una forma de recortar la realidad que obedece al sesgo cognitivista y que históricamente ha prevalecido en el estudio de los fenómenos mentales (Searle, 2004).

No obstante, en el último tiempo el estudio de las emociones ha acaparado la atención de los investigadores de la mente, surgiendo nuevas perspectivas que integran cognición y emoción como dos dimensiones inseparables del funcionamiento mental (Pessoa, 2008). En este contexto han surgido, entre otros, modelos que han intentado explicar el espectro de emociones presentes en el ser humano a partir de la combinación entre aquellas consideradas como básicas o de naturaleza innatas (Plutchik, 1980); o bien, constructos que han relevado el valor adaptativo del manejo de las emociones, especialmente en el ámbito interpersonal, otorgándoles a éstas un estatus funcional que tradicionalmente sólo había sido reconocido a fenómenos de orden cognitivo (Salovey y Mayer, 1990); o también, desde la psicología clínica, se ha propuesto caracterizar el cambio terapéutico individual como un proceso de

naturaleza esencialmente emocional que se llevaría a cabo a partir de la modificación de “esquemas emocionales”, mediante la facilitación, por parte del terapeuta, de un procesamiento cognitivo/afectivo que permitiría en el paciente la emergencia de nuevos significados (Greenberg, Rice y Elliott, 1996). Además de lo anterior, se ha acumulado una gran cantidad de evidencia empírica sobre distintos aspectos involucrados en el fenómeno emocional. Por ejemplo, un estudio relativamente reciente sugiere una predisposición presente en el ser humano a sentir sensaciones corporales diferenciales para cada emoción independientemente de la cultura (Nummenmaa, Glerean, Han y Hietanen, 2013). Revisamos a continuación algunos antecedentes en este campo con el objetivo de analizar su participación en la interacción humana.

*Evidencias obtenidas de los estudios sobre emociones relacionadas con la interacción.*

En primer lugar, nos parece necesario hacer un breve repaso a los mecanismos no verbales que participan en la expresión y reconocimiento de las emociones en contextos interactivos. En este ámbito, diferentes investigaciones han demostrado a través de estudios transculturales que la musculatura del rostro entrega información más precisa sobre las emociones mientras interactuamos (Ekman, 2007; Izard, 1991). El trabajo en esta línea ha permitido describir con minuciosa precisión la existencia de expresiones que se articulan a través de distintos patrones de funcionamiento muscular. Estas señales habrían sido modeladas como resultado de la evolución filogenética, situación que permite comprender que su activación se produzca generalmente de forma automática e involuntaria. De acuerdo a la perspectiva evolutiva del estudio de las emociones (Chóliz, 1994), la expresión de éstas habría jugado un rol adaptativo, ligado a la supervivencia de las especies en un contexto no lingüístico. Mediante los mecanismos de expresión corporal de las emociones, los animales comunican a sus congéneres los estados cualitativos internos en los que se encuentran informando, por ejemplo, su disposición a atacar, a huir, o a defenderse, entre muchas otras posibilidades conductuales. No obstante la robustez de dichos automatismos, éstos pueden hacerse conscientes y voluntarios, a través del entrenamiento en programas especialmente diseñados para este fin, tal y como lo muestran diferentes estudios (Ekman, 2007; Gazzaniga y Smylie, 1990; Gosselin, Perron, y Beaupré, 2010).

No obstante, y más allá de una explicación última de estos fenómenos, la investigación sobre expresión y reconocimiento facial de emociones ha continuado proporcionando detalles cada vez más

específicos y numerosos. Por ejemplo, se logrado describir patrones en el movimiento ocular implicados en dicho proceso (Schurgin, Nelson, Iida, Ohira, Chiao y Franconeri, 2014), o también, se ha podido obtener evidencia de que la categorización de cada emoción no depende tanto de la información explícita proveniente del rostro (Seirafi, De Weerd y L. de Gelder, 2013). Asimismo, se ha indagado sobre otros marcadores. Por ejemplo, existe una contundente evidencia respecto del uso de la voz en el reconocimiento de emociones (Thingujam, Laukka, Elfenbein, 2012). Este hecho ha sido probado tanto como un elemento que funciona aisladamente, como a través de su participación conjunta con expresiones faciales en un todo más complejo (Liu, Pinheiro, Deng, Nestor, McCarley y Niznikiewicz, 2012). Además, existirían diferencias en la velocidad de este tipo de reconocimiento, entre emociones de valencia positiva y negativa respectivamente (Pell, y Kotz, 2012). También se ha documentado transversalidad cultural en esta modalidad lo cual permite plantear que habría elementos asociados a la voz que estarían filogenéticamente predeterminados para la expresión de emociones (Sauter, Eisner, Ekman, y Scout, 2009).

Por otra parte, estudios más específicos han observado que, por ejemplo, la intensidad del sonido en la prosodia emocional del enojo, contribuye a la significación afectiva percibida, de modo que es probable que los mecanismos asociados a la expresión emocional a través de la voz no operen exactamente del mismo modo para cada emoción en particular (Chen, Jianfeng y Shuzhen, 2012). A su vez, se han identificado patrones posturales y de movimiento corporal, comprometidos en la expresión de emociones (Bernhardt, 2010), así como también se han encontrado indicadores relativos a la influencia de aspectos interactivos en la percepción de la emoción a través del movimiento del cuerpo (Christensen, Taubert, Huis in't Veld, Gelder y Giese, 2012). En la misma línea, hay estudios que identifican diferencias en el desarrollo del reconocimiento de emociones mediante movimiento corporal, y a través de distintas etapas evolutivas (Ross, Polson, y Grosbras, 2012).

Como se puede observar, todos estos estudios y muchos otros más (Konar y Chakraborty, 2015), evidencian la presencia de una serie de mecanismos que participan en la expresión y reconocimiento de las emociones en situaciones interpersonales, la mayoría de los cuales operan de forma involuntaria, automática e implícita cuando dos o más sujetos se relacionan (Dimberg y Petersson, 2000; Hatfield, Rapson y Le, 2009). Sin embargo, dichas investigaciones no explican las razones por las cuales las personas tienden a experimentar emociones similares cuando participan de experiencias interactivas y/o

grupales. Al respecto, un foco de interés vinculado al flujo de emociones en situaciones interpersonales ha sido el mimetismo o contagio emocional. Se trata del estudio de procesos de modificación automática y no consciente del propio estado emocional, a partir de la generación en primera persona de una réplica del estado afectivo de un sujeto al cual se observa y/o con quien se interactúa. En este contexto, diversos estudios han mostrado que cuando las personas observan rostros que reflejan activación emocional, ellos producen en su propia cara y de manera no consciente el mismo tipo de actividad muscular observado en el interactuante (Dimberg y Thunberg, 1998; Dimberg, Thunberg, y Elmehed, 2000; Lundqvist y Dimberg, 1995). El descubrimiento de este hecho ha dado pie a investigaciones posteriores que han permitido especificar los mecanismos sensoriales que sustentan este fenómeno. Así por ejemplo, se ha destacado la relevancia del contacto ocular como facilitador de este tipo de imitación (Wang, Newport, y Hamilton, 2011).

Los mecanismos descritos en el párrafo anterior pueden ser comprendidos a partir del funcionamiento de ciertas estructuras neuronales, lo cual permite afinar el circuito explicativo del rol de las emociones en la interacción. Las denominadas neuronas espejo, descubiertas accidentalmente a principios de la década de los noventa, son grupos neuronales específicos que tienen la particularidad de activarse cuando se observa la ejecución de acciones de otros, permitiendo una simulación interna y mental de la actividad percibida (Rizzolatti y Sinigaglia, 2006). Mediante este mecanismo, dichas neuronas posibilitan estimar, mediante un proceso de inferencia implícito, el estado mental en el que se encuentra nuestra contraparte durante la interacción, ligando así la percepción de una acción con su ejecución. El mecanismo permite activar en un observador estados mentales similares a los de la persona a quien se observa, mediante un proceso que es eminentemente encarnado, en el sentido en que éste se constituye a partir de la generación de sensaciones somatoestésicas en el observador. En esta misma línea, los aportes del neurocientífico portugués Antonio Damasio (2000), muestran que los circuitos neuronales que participan en la activación de la emoción tienen una conexión directa con el cuerpo, en un sentido fisiológico pero también experiencial. Este autor distingue entre emoción y sentimiento como fenómenos diferentes. El primero alude a reacciones fisiológicas que influyen sobre nuestro comportamiento sin que seamos conscientes de aquello. El segundo, en cambio, está relacionado con la presencia de conciencia sobre tales reacciones fisiológicas. Se trata de “marcadores somáticos”, es decir, sensaciones somatoestésicas que influyen sobre el razonamiento, anunciando o

desestimando determinados cursos de acción de forma cualitativa, implícita e involuntaria. Dichos marcadores se desarrollan en el curso de nuestra historia ontogenética, a través de aprendizaje asociativos e influyen directamente sobre la toma de decisiones (Damasio, 1999).

Por lo tanto, es posible señalar que los mensajes intercambiados entre interactuantes a través de las distintas claves corporales revisadas, tienen un origen sensorial afectivo y motor. Como señalan Gallese, Morris, y Migone, (2007): “cuando vemos la expresión facial de otra persona, y esta percepción nos lleva a sentir esa expresión como un estado afectivo concreto, no logramos este tipo de comprensión mediante un argumento por analogía. La emoción del otro es constituida, sentida y por tanto directamente comprendida mediante una ‘simulación corporeizada’ que produce un estado corporal compartido. Es la activación de un mecanismo neuronal compartido por el observador y el observado que permite la comprensión experiencial” (p. 10). Estamos refiriéndonos a un proceso que opera por lo general de forma no consciente y aun a pesar de que no tengamos la intención explícita de comprender el estado mental ajeno. De esta forma, somos animales empáticos, incluso más allá de nuestras intenciones individuales en tal sentido (Rizzolatti y Sinigaglia, 2006).

Como hemos dicho, las neuronas espejo participan en la interacción humana activando respuestas similares a las que experimenta el otro observado. Se trata de un mecanismo que se coloca en juego para la detección empática de las emociones observadas en el otro, tal y como lo demuestran los estudios de mimetismo emocional ya citados y que, probablemente, se encuentra siempre presente en la interacción humana, acompañando como telón de fondo, cualquier intercambio que se dé entre personas. De esta forma, tanto los estudios existentes sobre la expresión de emociones, así como los fenómenos de mimetismo emocional y simulación encarnada que sustentan los antecedentes de investigación referidos a las neuronas espejo, permiten dar cuenta de la existencia de un proceso de “comunicación emocional” entre interactuantes. En el curso de la interacción, las personas entregan información sobre su estado emocional mediante señales corporales a su contraparte, mientras que esta última, a su vez, registra la información recibida a través de procesos de simulación encarnada. Todo lo anterior opera recíprocamente a través de mecanismos que podemos caracterizar como cibernéticos, en el sentido en que estos funcionan a través de procesos de retroalimentación. Se trata de reacciones corporales sentidas internamente, imposibles de objetivar con exactitud y que solemos denominar con palabras tales como enojo, pena, rabia, etc. A su vez, pode-

mos suponer que a partir de estas reacciones se articulan mensajes más complejos, sobre los cuales participan fenómenos de orden cognitivo y comportamental, y que solemos denominar con palabras tales como “seducir”, “jugar”, “dominar”, “agredir”, etc. El intercambio de este tipo de mensajes, es el que la tradición sistémica ha denominado con la palabra “relacional” y como hemos visto, su origen es de orden emocional.

*Las diferencias emocionales individuales y su influencia en la interacción.*

En circunstancias teóricas, las circulares reacciones emocionales que se producen entre los interactuantes se constituyen como tales en virtud de su carácter de respuesta evolutivamente prefijada, frente a la expresión emocional ajena. Por ejemplo, la expresión gestual de tristeza, desde un punto de vista evolutivo, puede ser entendida como una invitación a responder con compasión (Aguado, 2005); mientras que la percepción de miedo ajeno, puede ser percibida como una indicación de la existencia de peligro en el ambiente (Sassenfeld, 2008). Sin embargo, como documentan tanto estudios de corte empírico como algunos de los distintos enfoques psicoterapéuticos que relevan este tema, las respuestas emocionales en la interacción muestran discrepancias individuales significativas respecto de lo que teóricamente esperaríamos que ocurriese. Pese a que todos estamos dotados, como miembros de la especie humana, de un mismo sistema nervioso que permite el funcionamiento de los mecanismos expuestos, lo anterior no logra explicar por qué razón existen enormes diferencias individuales en el procesamiento y expresión emocional que participa en la interacción humana.

El intercambio emocional implícito descrito, presenta características diferenciales en cada sujeto y situación interactiva, tanto en términos cualitativos, en relación con el tipo de emociones implicadas; así como respecto de su variación cuantitativa, relativa a la intensidad de las reacciones que se presentan. ¿Cuál es la razón de estas diferencias? Los estudios reflejan la existencia de distintos factores detrás de las diferencias individuales. Entre estos, se encuentran algunos innatos configurados bajo la forma de un tipo de temperamento, así como otros dependientes de los aprendizajes de cada individuo, especialmente aquellos que se produjeron tempranamente. Así por ejemplo, para el caso de la expresión de la tristeza, emoción que según veíamos es descrita en la literatura como una invitación interpersonal a la respuesta compasiva, la reacción de la contraparte puede ser también de rabia, según esta expresión se enmarque dentro de ciertas configuraciones individuales asociadas a un

tipo particular de temperamento, y/o experiencias de aprendizaje emocional temprano. En relación con lo primero, el conocimiento acumulado muestra que existen diferencias innatas entre los seres humanos que predisponen a los individuos a reaccionar de manera específica frente a los estímulos. Dentro de las variables o dimensiones identificadas en torno al temperamento, destacan algunas como la adaptabilidad, la irritabilidad, la tendencia predominante al afecto positivo o negativo, el nivel de actividad recurrente, y la capacidad de atención y persistencia, entre otras. (Dyson, Olin, Durbin, Goldsmith y Klein, 2012). Por otra parte, como hemos dicho, existen ciertas experiencias tempranas que disponen a las personas a reaccionar de una determinada manera a eventos ambientales e interpersonales. Lo anterior puede observarse, por ejemplo, a partir de la Teoría del Apego, línea de investigación que permite comprender el rol del aprendizaje emocional fruto del intercambio entre un bebé y su cuidador, y la capacidad que tendrá posteriormente el individuo para enfrentarse con situaciones amenazantes (Bowlby, 2003). De esta forma, el patrón de apego puede ser entendido como una suerte de predisposición emocional/relacional, que se pondrá en juego cada vez que interactuemos con otros seres humanos, determinando entre otras cosas nuestra tendencia a acercarnos o alejarnos del otro, o el grado en el cual nos permitimos expresarle o no nuestras emociones. Además de lo anterior, los marcos contextuales, situacionales o culturales que rodean la interacción, se constituyen también como elementos productores de diferencias entre una interacción y otra (Aguado, 2005). Lo anterior posibilita la emergencia de diferentes circuitos interaccionales en cada situación en la que participamos.

Finalmente, y realizando una breve digresión a propósito de las diferencias individuales, es destacable la evidencia que ha ido conectando a las emociones con la psicopatología. En esta línea aparecen, por ejemplo, los hallazgos sobre “expresividad emocional familiar” y su efecto sobre pacientes psiquiátricos (Brown, Birley y Wing, 1972). O más recientemente, las investigaciones que han abordado la regulación emocional y su estrecha relación con diversos cuadros psicopatológicos (Boden, Westermann, McRae, Kuo, Alvarez, et al. 2013; Gross, 1999; Hervás, 2011; Sassenfeld, 2006; Silva, 2005). También se ha documentado la conexión entre diferenciación emocional y la regulación emocional (Silva y Gempp, 2004). Asimismo, desde las neurociencias se ha mostrado la participación de estructuras neuronales en este tipo de proceso, particularmente en presencia de comportamiento anormal (Giuliani, Drabant, Bhatnagar y Gross, 2011; Goldin, McRae, Ramel y Gross, 2009). Y por último, también es posible conectar los hallazgos que han logrado eviden-

ciar la estrecha conexión entre cognición y emoción, y según los cuales ambos tipos de fenómenos, si bien podrían comprenderse como fenomenológicamente diferentes, tendrían entre sí una importante cercanía ontológica (Couto, Sedeño e Ibáñez, 2012; Craig, 2009; Damasio, 2000; Duncan y Barrett, 2009; Pessoa, 2008). Lo anterior permitiría ampliar la comprensión de diversos trastornos psicopatológicos y de las funciones mentales comprometidas en éstos (Contreras, Ceric y Torrealba, 2008; Kring, 2010; Sanagua, 2007; Sánchez, 2013).

## Conclusiones y reflexiones finales

De acuerdo a lo visto, cada vez que participamos en una interacción con otros experimentamos sensaciones internas o marcadores emocionales que se traducen en conductas expresivas de distinto tipo y que se despliegan generalmente más allá de nuestra conciencia y voluntad. Por su parte, durante este proceso, nuestro interactuante activa el funcionamiento de mecanismos de imitación implícitos, principalmente a través del movimiento de los músculos faciales detectados en nuestro rostro. Este proceso le permite activar en sí mismo emociones análogas a las nuestras, fenómeno, que como hemos visto, ha sido denominado “simulación encarnada”. Como resultado de lo anterior, las personas “intercambian” emociones construyendo circuitos cibernéticos de retroalimentación, todo lo cual constituye la base del nivel relacional. Una interacción tipo puede ser caracterizada entonces como un proceso circular activado entre dos interactuantes (digamos, “A” y “B”), mediante mutuas reacciones corporales y estimaciones de las mismas. De modo más específico, la interacción opera de la siguiente forma: El interactuante A simula implícitamente, a través de la puesta en funcionamiento de sus neuronas espejo, el “estado emocional” de B, en virtud de las claves corporales observadas sobre este último, principalmente la actividad de sus músculos faciales. De la misma forma, y como respuesta a las manifestaciones corporales de A, B reacciona a éstas a través del mismo proceso. A su vez, este circuito somatosensorial trae aparejado estados emocionales que, como hemos señalado, operan generalmente de forma implícita, fuera del campo de conciencia de los interactuantes. Obviamente se trata, además, de un proceso caracterizado por un gran dinamismo y recursividad, propiedades ambas que dan lugar al surgimiento de un nivel de análisis propiamente relacional. Pese al carácter teórico de la descripción que hemos realizado, (dado que, como hemos dicho, en verdad, lo que ocurre en estos intercambios no opera siempre con la correspondencia esperada), ésta apunta a mostrar que la naturaleza del nivel relacional presente en la interacción, es emocional. Es a través

de la emocionalidad que las personas negocian las características del encuentro cara a cara que están dispuestos a sostener con su interactuante, proceso que sustenta la emergencia de las características de estabilidad y recurrencia de la interacción. De esta forma, si bien las personas recurren explícita o voluntariamente al lenguaje verbal con el objetivo de comunicarse, también realizan simultáneamente diversas operaciones de naturaleza afectiva que tiñen la totalidad del intercambio y que solemos caracterizar a través de expresiones como “seducir” o “dejarse seducir”, “atemorizar” o “mostrarse vulnerable”, entre otras muchísimas posibilidades. Se trata de un proceso circular, de tal forma que muchas de nuestras reacciones se constituyen como respuestas a la estimación que hacemos del estado mental del otro, mientras éste nos responde, a su vez, en función de lo que él cree es nuestro estado mental en un momento determinado.

Podemos comprender ahora que los fundadores del Enfoque Interaccional y de los diversos modelos sistémicos de psicoterapia, recurrieran a la identificación de estos mismos procesos emocionales, como una base para elaborar su propuesta, aun cuando no explicitaran aquello en sus escritos. El cúmulo de constructos configurados desde esta perspectiva, tales como los conceptos “sistema interaccional”, “triángulos”, “lealtades”, “límites” u otros, surgen como distinciones realizadas en un nivel de abstracción superior al nivel en el que ocurre el fenómeno de base emocional al que nos hemos referido. Esto nos lleva a pensar que para lograr dar cuenta de un sistema interaccional desde el punto de vista de un observador externo, tal cual es el lugar que ocupa un terapeuta o un consultor organizacional, es necesario recurrir también a operaciones emocionales del tipo de las descritas. Luego, a partir de éstas, se podrá avanzar hacia un nivel de abstracción superior, realizando operaciones de tipo cognitivo que permiten construir “lecturas” de diferente tipo sobre la interacción. El nivel relacional puede ser definido como emocional, y las lecturas de orden cognitivo realizadas sobre las dinámicas que se producen pueden ser caracterizadas como meta-emocionales, en el sentido de distinciones hechas a partir de la presencia de emociones (Aguado, 2005). Dichas lecturas permiten elaborar mapas o diagnósticos. Sin embargo, la intervención destinada a modificar los circuitos interaccionales observados en una pareja, una familia, una escuela o cualquier otro tipo de organización humana, ocurre siempre en un nivel emocional.

Lo anterior presenta varias consecuencias prácticas para los procesos de intervención que se implementen. Por ejemplo, frente al desafío de modificar una interacción problemática será importante tomar en cuenta las emociones presentes en cada miem-

bro durante dicho intercambio, generar una lectura que permita comprender como éstas se articulan entre sí, y desplegar estrategias de cambio a partir de ello. Examinemos a continuación un ejemplo tomado de nuestra práctica psicoterapéutica, con el objetivo de ilustrar el análisis realizado.

Se trata de una pareja que consulta por “una serie de dificultades y conflictos”, detectándose el ejercicio de una conducta abusiva por parte del marido hacia su mujer. A través de una primera lectura realizada por el consultor, al inicio del proceso, se registran los intercambios de rabia por parte de él y de temor por parte de ella, los cuales conforman un circuito que se retroalimenta positivamente. Además de dicha lectura general, el consultor nota, al inicio de la terapia, la dificultad existente en ambos miembros de la pareja para identificar en primera persona las emociones experimentadas por cada uno de ellos durante tales intercambios. En este caso, se observa que si bien el hombre lograba etiquetar sus propias reacciones emocionales, no mostraba la misma habilidad para identificar las sensaciones corporales asociadas a éstas. Por su parte, ella no lograba identificar con claridad sus emociones implicadas en la transacción, ubicándolas vagamente en el espectro del temor.

Teniendo en cuenta este diagnóstico, el proceso de intervención se focalizó en desarrollar autoconciencia emocional en ambos miembros de la pareja ante tales intercambios, un trabajo que se realizó tanto en tiempo real cada vez que se activaban intercambios de este tipo en las sesiones, así como a través de tareas o encargos solicitados entre sesiones, apuntando en la misma línea. Producto de la intervención anterior, ella logró paulatinamente tomar conciencia de intensos sentimientos de rabia cuando el circuito se activaba, sensación que aparecía cubierta por reacciones que ella reconocía al inicio del proceso como temor, miedo o angustia, sensaciones que tendían a “paralizarla totalmente”. Tal reconocimiento anterior facilitó en la mujer el desarrollo de recursos protectores. Por ejemplo, se desarrolló una actitud más auto-afirmativa y de empoderamiento, así como un tono de voz más completo y alto, e incluso el despliegue de conductas verbal y físicamente más agresivas. Por su parte, el proceso terapéutico permitió que él reconociera, “desde dentro”, referentes corporales de su rabia, lo cual propició gradualmente una mejor modulación de ésta. Asimismo, pudo identificar la presencia de un componente importante de desprecio (y rabia), ante el temor exhibido por ella frente ante sus propias conductas agresivas. A su vez, en un proceso más avanzado, fue nutritivo para ambos conocer cómo las reacciones de cada uno de ellos se relacionaban no con hechos objetivos sino con concepciones subjetivas (articuladas cualitativa y representacional-

mente), desarrollados en etapas tempranas de su vida. Los de ella, relacionados con la presencia de un padrastro que había ejercido maltrato hacia su madre, quien reaccionaba de manera similar a como actuaba ella; y los de él, relacionados con padres en extremos críticos y castigadores. Asimismo, fue de gran utilidad identificar las concepciones (puntuaciones), de cada uno respecto de su propio comportamiento y de su pareja, y que reforzaban a nivel cognitivo el circuito vicioso.

El cambio en este tipo de casos ocurre gradualmente, a través de tres estadios generales de desarrollo, tal cual expusimos en un trabajo anterior. (Bächler y Poblete, 2012). En primer lugar, se produce una toma de consciencia por parte de cada uno de los miembros de la pareja respecto de las propias emociones que se suscitan a propósito de la relación que conforman. En segundo lugar, ocurre que cada uno de los interactuantes comienza a darse cuenta, además, de las emociones que el otro experimenta durante los intercambios que mantienen. Esta situación permite en ocasiones el paso hacia un tercer nivel de desarrollo en la relación. Durante éste, se produce una toma de consciencia por parte de los miembros de la pareja respecto del circuito de retroalimentación emocional existente entre ellos, un insight que suele tener como resultado un aumento de la flexibilidad en la interacción, tal cual ocurrió en el ejemplo relatado. En este caso, la intervención introdujo en la dinámica de pareja expresiones y comportamientos alternativos y virtuosos para los fines buscados en terapia.

El ejemplo señalado permite visualizar el rol de las emociones en la interacción. La problemática expuesta por la pareja se habría articulado a través de mutuas reacciones emocionales retroalimentadas positivamente entre sí, a través de los mecanismos expresivos y neuronales descritos previamente. Mientras él reaccionaba con rabia hacia la mujer, ella lo hacía inicialmente con temor hacia su cónyuge, propiciando, a su vez, reacciones de rabia por parte de su marido hacia ella y así recurrentemente. Ambos, de manera crónica y rígida, habrían configurado así un circuito que podría enmarcarse dentro de lo que comúnmente se conoce como “ciclo de violencia”. El caso relatado, además de ilustrar algunos de los principios desarrollados en este trabajo, nos permite reconocer además, que para comprender mejor la articulación de esta (u otra) dinámica emocional, resulta fundamental incorporar en el análisis, al menos los siguientes tres aspectos fundamentales: a) el nivel de conciencia de las propias emociones experimentadas y de las emociones presentes en la contraparte durante el curso de tal interacción; b) la diferencia entre acceder a la comprensión de la interacción “desde dentro”, es decir de modo subjetivo a partir de las emociones que



emergen en el observador, o “desde fuera”, construyendo una representación cognitiva de lo observado y c) el acoplamiento que surgiría entre los interactuantes a partir de las diferentes dimensiones que componen el fenómeno interaccional (Bächler y Poblete, 2012).

Finalmente, podemos señalar, en virtud de todo lo expuesto, que es posible ampliar la comprensión de la interacción y de las estrategias para propiciar su modificación, articulando comprensivamente las diferentes dimensiones implicadas en tales intercambios y, particularmente, los diferentes aspectos que componen la base emocional de ésta. De esta forma podemos abordar cuestiones clave rescatadas por esta perspectiva e intentar responder de manera más directa preguntas tales como: ¿Por qué razones se produce la rigidez en la interacción humana dificultándose el flujo natural de intercambio emocional entre los interactuantes con el consecuente malestar y sufrimiento para las personas?, ¿Cuáles son las repercusiones epistemológicas de esta concepción, en términos de las operaciones que permiten conocer la interacción?

Si bien es un hecho que diversos autores han relevado la naturaleza emocional de la interacción, también es cierto que dichas declaraciones no han logrado explicar totalmente el fenómeno en cuestión (Andolfi, Angelo y De Nichilo 1996; Bertrando y Arcelloni, 2009; Bowen, 1989). La comprensión de la interacción como fenómeno emocional permite la identificación e investigación de los diferentes mecanismos implicados en ésta, así como la clarificación y el fortalecimiento de los procesos de formación para la intervención en este contexto. Asimismo, el planteamiento expuesto involucra revisar la comprensión de los fenómenos reportados en la literatura sistémica, particularmente en relación a la “rigidez interaccional” identificada transversalmente por autores de esta tradición (Andolfi, Angelo, Meghi y Nicolò-Corigliano, 2007; Kerr y Bowen, 1988; Minuchin, y Fishman, 1984; Minuchin, 1979; Watzlawick et al., 2002). El análisis realizado nos muestra que el tratamiento de éste y otros fenómenos relacionados requiere una revisión epistemológica que considere al fenómeno emocional que sustenta la interacción, incorporando herramientas de tradiciones fenomenológicas, una situación que no implica en modo alguno la negación de otros factores que participan en la emergencia del nivel relacional.

## REFERENCIAS

- Aguado, L. (2005). *Emoción, afecto y motivación*. Madrid: Alianza.
- Andolfi, M., Angelo, C., Menghi, P. e Nicolò-Corigliano, A. (1982). *La famiglia rigida. Un modello di psicoterapia relazionale*. Milano: Feltrinelli.
- Andolfi, M., Angelo, C. e De Nichilo, M. (1996). *Sentimenti e sistema*. Milano: Raffaello Cortina Editore.
- Arnold, M., y Rodríguez, D. (1991). *Sociedad y teoría de sistemas*. Santiago: Universitaria.
- Bächler, R. y Poblete, O. (2012). Interacción, emoción y cognición: Una aproximación integrada a la comprensión del comportamiento humano. *Anales de psicología*, 28(2), 490-504.
- Bernhardt, D. (2010). Emotion inference from human body motion. *Technical Report, number 787*, University of Cambridge.
- Bertrando, P. e Arcelloni, T. (2009). Valeni. Rabbia e noia nella terapia sistémica. *Terapia Familiare*, 89, 5-28.
- Bertrando, F. y Toffanetti, D. (2004). *Historia de la terapia familiar*. Barcelona: Paidós.
- Boden, M., Westermann, S., McRae, K., Kuo, J., Alvarez, J., Kulkarni, M., Gross, J., & Bonn-Miller, O. (2013). Emotion regulation and posttraumatic stress disorder: a prospective investigation. *Journal of Social and Clinical Psychology: (32)* 3, 296-314.
- Bowen, M. (1989). *La terapia familiar en la práctica clínica*. Bilbao: Desclee de Brouwer.
- Bowlby, J. (2003). *Vínculos Afectivos*. Madrid: Morata.
- Brown, G., Birley, J., & Wing, J. (1972). Influence of family life on the course of schizophrenic disorders: A replication. *British Journal of Psychiatry*. 121, 241-58.
- Chen, X., Jianfeng, Y., & Shuzhen, Y. (2012). The Contribution of Sound Intensity in Vocal Emotion perception: Behavioral and Electrophysiological Evidence. *Behavioral and Electrophysiological Evidence. PLoS ONE* 7(1).
- Christensen, A., Taubert, N., Huis in't Veld, E., Gelder, B., & Giese, M. (2012). Perception of emotion from interactive body movement: influence of emotion congruency. *Journal of vision*, 13(9), article 649.
- Contreras, M., Ceric, F. y Torrealba, F. (2008). El lado negativo de las emociones: la adicción a drogas de abuso. *Revista de Neurología*, 47, 471-6.
- Couto, J., Sedeño, L. e Ibáñez, A. (2012). Interocepción y corteza insular: convergencia multimodal y surgimiento de la conciencia corporal, *Revista Chilena de Neuropsicología*, 7(1), 21-25.
- Craig, A. (2009). How do you feel—now? The anterior insula and human awareness. *Nature Reviews Neuroscience*, 10(1), 59-70.
- Chóliz, M. (1994). Neodarwinismo y antidarwinismo en la expresión de las emociones en la psicología actual. *Revista de Historia de la Psicología*, 89-94.
- Damasio, A. (2000). *Sentir lo que sucede*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Damasio, A. (1999). *El error de Descartes*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Dimberg, U. L. F., & Petterson, M. (2000). Facial reactions to happy and angry facial expressions: Evidence for right hemisphere dominance *Psychophysiology*, 37, 693-696.
- Dimberg, U., & Thunberg, M. (1998). Rapid facial reactions to emotionally relevant stimuli. *Scandinavian Journal of Psychology*, 11, 86-89.
- Dimberg, U., Thunberg, M., & Elmehed, K. (2000). Unconscious facial reactions to emotional facial expressions. *Psychological science*, 86-89.
- Duncan, S. y Barrett, L. (2007). Affect is a form of cognition: A neurobiological analysis. *Cognition and emotion*. 21(6), 1184 - 1211.

- Dyson, M., Olino, T., Durbin, E., Goldsmith, H., & Klein, D. (2012). The structure of temperament in preschoolers: A two-stage factor analytic approach. *Emotion, 12*(1), 44-57.
- Ekman, P. (2007). *Emotions revealed: recognizing faces and feelings to improve communication and emotional life*. New York: Henry Holt and Co.
- Gallese, V., Morris, E. y Migone, P. (2007). Entonamiento emocional: neuronas espejo y los apuntalamientos. *Apertura psicoanalítica*, 1-34.
- Gazzaniga, M., & Smylie, C. (1990). Hemispheric mechanism controlling voluntary and spontaneous facial expressions. *Journal of Cognitive Neuroscience, 2*39-245.
- Giuliani, N., Drabant, E., Bhatnagar, R., & Gross, J. (2011). Emotion regulation and brain plasticity: Expressive suppression use predicts anterior insula volume. *NeuroImage 58*, 10-15.
- Goldin, P., McRae, K., Ramel, W., & Gross, J. (2009). Bases neurales de las emociones negativas: reevaluación y supresión de las emociones negativas. *Psiquiatría Biológica*, 16 (02), 70-83.
- Gosselin, P., Perron, M., & Beaupré, M. (2010). The voluntary control of facial action units in adults. *Emotion, 10*(2), 266-71.
- Greenberg, L., Rice, L. y Elliott, R. (1996). *Facilitando el cambio emocional. El proceso terapéutico punto por punto*. Barcelona: Paidós.
- Gross J. (1999). Emotion regulation: past, present, future. *Cognition and Emotion, 13*, 551-573.
- Hatfield, E., Rapson, R., & Le, Y. (2009). Emotional contagion and empathy. En J. Decety y W. Ickes (Eds.), *The Social neuroscience of Empathy*. Cambridge, MA: MIT.
- Hervás, G. (2011). Psicopatología de la regulación emocional: el papel de los déficit emocionales en los trastornos clínicos. *Psicología Conductual, 19*(2), 347-372.
- Hoffman, L. (2010). *Fundamentos de la terapia familiar*. México D.F.: Fondo de cultura económica.
- Izard, C. (1991). *The psychology of emotions*. New York: Plenum Press.
- Keeney, B. (1991). *La estética del cambio*. Barcelona: Paidós.
- Kerr, M. E., & Bowen, M. (1988). *Family Evaluation*. New York: Norton & Company.
- Konar, A., & Chakraborty, A. (2015). *Emotion Recognition: A Pattern Analysis Approach*. New Jersey: Wiley.
- Kring, A. (2010). The Future of Emotion Research in the Study of Psychopathology. *Emotion Review, 2* (3), 225-228.
- Liu, T., Pinheiro, A., Deng, G., Nestor, P., McCarley, R., & Niznikiewicz, M. (2012). Electrophysiological insight into processing nonverbal emotional vocalizations. *Neuroreport, 23*(2), 108-12.
- Lundqvist, L., & Dimberg, U. (1995). Facial expressions are contagious. *Journal of Psychophysiology, 20*3-211.
- Minuchin, S. (1979). *Familias y terapia familiar*. Barcelona: Gedisa.
- Minuchin S. y Fischman, Ch. (1984). *Técnicas de Terapia Familiar*. Barcelona: Paidós.
- Nummenmaa, L., Glerean, E., Hari, R., & Hietanen, J. (2013). Bodily maps of emotions. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, DOI: 10.1073/pnas.1321664111).
- Pell, M., & Kotz, S. (2012). On the Time Course of Vocal Emotion Recognition. *PLoS ONE 6*(11).
- Pessoa, L. (2008). On the relationship between emotion and cognition. *Nature Reviews Neuroscience 9*, 148-158.
- Plutchik, R. (1980). *Emotion: A psychoevolutionary analysis*. New York: Harper and Row.
- Premack, D., & Woodruff, G. (1978). Does the chimpanzee have a theory of mind? *Behavioral and Brain Sciences, 4* (4), 519-629.
- Rabossi, E. (Comp.) (1995). *Filosofía de la mente y ciencia cognitiva*. Barcelona: Paidós.
- Rivière, Á., y Núñez, M. (2001). *La Mirada Mental* (3ª ed.). Buenos Aires: Aique.
- Rizzolatti, G. y Sinigaglia, C. (2006). *Las neuronas espejo. Los mecanismos de la empatía emocional*. Barcelona: Paidós.
- Ross, P., Polson, L., & Grosbras, M. (2012). Developmental changes in emotion recognition from full-light and point-light displays of body movement. *PLoS One 7*(9).
- Salovey, P., & Mayer, J. (1990). Emotional intelligence. *Imagination, Cognition, and Personality, 9*, 185-211.
- Sanagua, N. (2007). Cortex insular y su rol putativo en la configuración de trastornos alimenticios. *Journal of Social and Clinical Psychology, 32*(3), 296-314.
- Sánchez, M. (2013). Procesos psicológicos en la somatización: la emoción como proceso. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy, 13* (2), 255-270.
- Sauter, D., Eisner, F., Ekman, P., & Scott, S. (2010). Cross-cultural recognition of basic emotions through nonverbal emotional vocalizations. *Proceedings of the National Academy of Sciences, 107*(6), 2408-2412.
- Sassenfeld, A. (2006). Regulación afectiva, psicopatología y psicoterapia. *Gaceta Universitaria, 2*(3), 329-336.
- Searle, J. R. (2004) *Mind. A brief introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- Seirafi, M., De Weerd, P., & de Gelder, B. L. (2013). Emotion categorization does not depend on explicit face categorization. *Journal of Vision. 13*(2), 12. doi: 10.1167/13.2.12.
- Schurgin, M., Nelson, J., Iida, S., Ohira, H., Chiao, J y Franconeri, S. (2014). Eye movements during emotion recognition in faces. *Journal of Vision, Vol. 14*, 14. doi:10.1167/14.13.14.
- Silva, J. (2005). Regulación emocional y psicopatología: el modelo de vulnerabilidad/resiliencia. *Revista Chilena de Neuro-Psiquiatría, 43*(3), 201-209.
- Silva, J. y Gempp, R. (2004). Diferenciación emocional y psicopatología: La hipótesis de la acentuación somática. *Revista electrónica de motivación y emoción, VI*, (16).
- Thingujam, N., Laukka, P., & Elflein, H. (2012). Distinct emotional abilities converge: evidence from emotional understanding and emotion recognition through the voice. *Journal of Research in Personality. 350-354*.
- Tirapu-Ustárroz, J., Pérez-Sayes, G., Erekatxo-Bilbao, M., y Pelegrín-Valero, C. (2007). ¿Qué es la teoría de la mente? *Revista de Neurología, 44*, 479-489.
- Tomasello, M., Carpenter, M., Behne, T., & Moll, H. (2005). Understanding and sharing intentions: The origins of cultural cognition. *Behavioral and brain sciences, 675-691*.
- Wang, Y., Newport, R., & Hamilton, A. (2011). Eye contact enhances mimicry of intransitive hand movements. *Biology letters, Vol 7*, nº 1, 7-10.
- Watzlawick, P., Bavelas, J., y Jackson, D. (2002). *Teoría de la comunicación humana. Interacciones, patologías y paradojas*. Barcelona: Herder.